

Mucha fauna y poca flora

Por EL QUINTO JINETE

EN LOS FINALES de los cincuenta y principios de los sesenta se produce en los pueblos de España un fenómeno sin precedentes: la emigración masiva. Por causas diversas el ritmo y la apariencia humana de los pueblos comenzaron una rápida transformación que rompía su casi eterna estructura. Fruto de este fenómeno es la actual situación y el panorama que de ella se deriva. Han cambiado las técnicas y la tecnología empleada en las faenas agrícolas y ganaderas. Ha cambiado la arquitectura de las viviendas rurales. Ha cambiado el planteamiento urbanístico. Ha cambiado pues, la manera de relacionarse, el conocimiento de otras ideas, otras realidades. Ha cambiado, en resumen, la manera de ser de las gentes que conforman el pueblo, un pueblo.

Antes de este hecho, un pueblo, como fuera éste, tenía gentes poco diferenciadas entre sí. La mayor parte de la población, mujeres y hombres, estaban dedicados a las tareas agrícolas y ganaderas. El escaso resto lo constituían: herreros, zapateros, curas, maestros, tenderos, regentadores de bares... Se denotaba, por lo tanto, una homogeneidad casi completa, aparte de la variedad cronológica: niños, jóvenes, adultos y viejos, que no era sino la prueba palmaria de un modo de vida lentamente cambiante.

Hoy el paisaje de un pueblo, éste sin ir más lejos, se presenta radicalmente diferente de su pasado; y por supuesto su paisanaje también. Y a esto íbamos.

Aquella homogeneidad en la profesión, en la economía, la tecnología, las costumbres e incluso las ideas, ha saltado por los aires de la modernidad y se ha hecho astillas. Cabe preguntarse a las alturas de estos tiempos veloces: ¿Quiénes son pueblo?, ¿Qué es un pueblo todavía? Nos es grato pensar, definir, que un pueblo es, somos, quienes queremos serlo: aquellas astillas que han saltado por los aires de la modernidad. Y ese cuadro de múltiples tipos, profesiones, caracteres, modos y maneras son los que tienen un especial atractivo en la búsqueda actual de su identidad como pueblo.

Se ha pasado, porque la estupidez no es inmóvil, del ocultamiento y denostación de las raíces pueblerinas al vano y hueco orgullo de la patria chica por parte de gran parte de quienes desarrollan su tiempo lejos del lugar que aún, ¡menos mal!, llamamos PUEBLO.

Se ha pasado, también, por parte de los que desarrollan su existencia en el pueblo, de asumirlo y gozarlo a rehuirlo y despreciarlo.

Se ha pasado de un disparate a otro disparate. Pero lo que en sí resulta doloroso es realizar estos pasos de baile analfabético forzados por la borrasca de la cultura urbana. Si soplan vientos de modernidad (piso, coche, vacaciones...), no soy de pueblo. Si soplan huracanes de postmodernidad (chalé, aire no polucionado, espacio libre...) sí soy de pueblo. Si soplan vendavales de crisis (caída de la renta agraria, poca esperanza económica, problemas para soltarse del lastre familiar, dificultades para encontrar pareja...) no soy de pueblo. Si amaina y apenas se percibe una suave brisa (pueblo: solaz, descanso, verdor, nostalgia...) sí soy de pueblo.

Resulta dolorosamente mezquino cómo quienes deberían —por posibilidades y sentido común— haber mantenido las señas de identidad de su pueblo, y sin metafísicas que valgan, de sí mismos, han caído en el charco de la hipocresía vapuleados por la cultura de las ciudades que destruye que destruye sigilosamente esa otra forma de vivir, esa otra gran cultura.

Y por pasar del dicho al hecho tracemos algunas pinceladas que, si bien no están sacadas de una realidad privada aunque sí de casos concretos, tienen toda la intención de herir su sensibilidad por si aún le quedase un resquicio para la reflexión.

➤ ¿Recuerda Ud. aquel mocetón que se marchó a trabajar para Asturias, Alemania, Cataluña... Aquel que hasta que no tuvo posibles pecuniarios para volver a su misera cuna en un auto —vaya Ud. a saber si comprado o alquilado o prestado, ¡qué más da!— no se dignó en mandar noticias? ¿Recuerda cómo se ufanaba en cada uno de sus 30 días de vacaciones, a cuántas rondas invitaba a voz en grito, cuántos gatos atados con chorizos, contaba, había por allá? ¿Recuerda cuánto se paseaba por la carretera en Agosto haciendo la pasarela con su señora de la mano —señora que aunque aparentara proceder de la nobleza, algo en su abrigo de pieles de imitación nos inclinaba a deducir aquello de...«menos lobos»—? ¿Recuerda cómo sacaba el pecho para largar aquellas soporíferas palizas sobre su puesto de capataz, jefe, encargado, catedrático...? Y para enseñar su esbelta figura y cuanto la cubría: ¡qué limpio, qué gordo, qué caro! Por abreviar: ¡qué derroche de felicidad!

➤ ¿Recuerda esa otra muchacha que hasta cumplir los dieciocho ayudó como una más en las labores del campo y en las tareas de la casa y que en cuanto se desposó de blanco con el tal señor que trabajaba en cualquier empresa automovilística, Altos Hornos, lijado en fino... etc.; y después de pasarse un tiempo sacudiendo la alfombra desde un séptimo acabó por cambiarse el peinado y se le llenó la cabeza de electrodomésticos, minipimer, cruzados mágicos, joyas, por supuesto, auténticas, filmes serios, películas divertidas, culebrones que destrozan las válvulas



Hay que criticar mirando a los ojos y hay que elogiar por la espalda.

Carlos Fonseca Amador



Calle de Santibáñez. Algún día tendrá nombre propio

del corazón, cafelitos con las amigas, cruasanes, maricler, el perfume de mi hogar...? Por abreviar: ¡qué montón de felicidad!

> ¿Recuerda al estudiante que durante la transición democrática además de ir sacando la carrera como podía (manera que traducida por los papás eran siempre sobresalientes *cum laudem*, sin mácula, loas, y, al fin, la orla. Madre no hay más que una, esa es la verdad), decíamos que también se deshuesaba por combatir la política incivil y a los políticos corruptos del pasado, con pintadas, pasquines, panfletos, mítines: osea bla, bla, bla...? ¿Recuerda aquellas pócimas mágicas que sacarían al campesinado de su ancestral postración, aquellos potingues tan explosivos a base de lucha de clases, tesis, antítesis, prótesis, ósmosis y, al fin, síntesis? ¿Lo recuerda Ud. una vez concluida su licenciatura e instalado en su profesión liberal o en el limbo del funcionariado como se le han ido apagando todos sus ímpetus sociales y ahora sólo se enciende para reivindicar un 6% de subida salarial por aquello del IPC y para sumarse al rebaño de los que pasean su prurito de trabajador intelectual, del nuevo aristócrata que se gana el desodorante y el pan bimbo sin ensuciarse las manos?

> ¿Recuerda a ese chaval que trabajó en el campo como un fiero hasta que le llegó la ansiada oportunidad —como ocurre en los concursos telesimios—, de ganarse las habichuelas como operario, peón o burro de carga de cualquier empresa; y que en viéndose con soldada fija su única obsesión fue apuntarse al carrusel de los escaparates y enseguida supimos todos, porque ya se encargó él de que lo supiésemos, del vídeo, de la cadena musical hi-fi, el auto turbo de y pico válvulas y la maja novia, al fin?

¿Le suena o no le suena este zoo? Estos prototipos en color, —que son nadie en particular y todos en general—, no es más que el producto de aquellos años que cambiaron ya

para siempre la fotografía en blanco y negro de los pueblos.

Pero toda esta producción no es neutra, inocua, algo que ni es mala ni buena. Todo va en según qué casos. Puesto que una gran mayoría de los hijos del pueblo en vez de devolver al pueblo lo que de él recibieron, le vomitan la hamburguesa mental de lo que les han hecho tragar fuera.

¿Cuánto daño no hacen los que por alimentarse y vestirse gracias a otro sustento diferente a la tierra o a los animales se les ha subido a la caspa un cierto deje de superioridad?

¿Cuánto daño no hacen los que ostentan por capricho de las curvas de la oferta y de la demanda un nivel económico diferente y se lo pasan por los morros a los demás insultándoles —consciente o inconscientemente—, de una condición que, con toda probabilidad, ha sido el cimiento sobre el que pavonean su nuevo estatus?

Es muy lamentable asistir al espectáculo que los pueblerinos de la diáspora ofrecen en contra de su esencia. Es hiriente observar cómo se han empecinado en acabar con todo lo que huele a las formas tradicionales de vida y sustento. Hasta tal punto que han logrado inculcar en quienes todavía, por devoción u obligación, miman y sufren la tierra, la conciencia de ser los últimos, los tontos, los pobres, los incultos... los inútiles. Lo que ni el sistema medievalista había conseguido penetrar en el orgullo del vilipendado pueblo llano, lo han alcanzado los cuervos criados en este mismo pueblo. Para echarse a llorar.

A pesar de todo, el pueblo vive. Y vive a pesar de unos y en contra de casi todos. Porque aún hay quien vive en el pueblo como la aldea particular donde guardar los raros valores que aún no se han prostituido.



Araceli en la tienda